



# La Marchantilla a Fosforera

por Hans Christian Andersen

Era Noche Buena. Afuera las calles estaban cubiertas con nieve y el tiempo era muy, muy helado. Una muchachita con gran dificultad caminaba por los montones de nieve. Andaba descalza, y eso porque ella no tenía zapatos propios. Una mujer cariñosa le había obsequiado unas babuchas pero eran muy grandes y no le quedaban. Al cruzar la calle la pobrecita, sus babuchas se quedaron prendidas en la nieve cuando ella intentaba escapar de la muerte de debajo de las ruedas de un coche que venía volando. Un muchacho travieso y malo había recogido una y se fue corriendo con ella. Así la niña caminaba descalza entre la nieve heladísima y sus piescitos estaban rojos y morados del frío.

Recogidas en su delantalito, ella cargaba un montón de cajitas de fósforos, las cuales estaba ofreciendo a centavo por caja. Pero en todo el día, ni una cajita, la pobrecita había logrado vender. La pobre temblaba del frío y una gran hambre le atormentaba. Tenía miedo de volver a casa porque sabía bien que su padrastro de mal corazón le iba a pegar por no haber vendido nada.

La noche ya había caído. Mirando por las ventanas la marchantilla de fósforos veía a la gente cómoda, calientitas en sus casas. Todos eran así - todos menos la muchachita.

En una casa vio un hermoso árbol de navidad. De otra salía aroma de ganso asado y a ella le dio más hambre de la que tenía.

El frío aumentaba; la nevada se puso más y más espesa, y la noche se hizo más y más oscura. En un rinconcito, entre los grandes y altos edificios, la muchachita se agachó procurando calentarse un poco.

Sacó una cajita de sus fósforos y encendió uno en el intento de calentar sus dedos congelados. ¡Cómo brilló! Ella sintió que se había convertido en una estufa que le echaba calorcito. ¡Cómo era agradable y confortable cerquita a ella. Pero luego el fósforo se apagó. La estufita desapareció y la muchachita se sintió aun más helada.

Prendió otro fósforo y delante de ella apareció una gran mesa con mantel blanco, cargando un pato horneado. También habían manzanas, pasteles y leche caliente. Y la niña se puso muy feliz, pensando ya poder satisfacer su hambre. Pero en el momento en que alargaba la mano para tomar algo del pato, se apagó el fósforo, y ella sintió aun más hambre.

Prendió el tercer fósforo y ¡Qué alegría! Delante de ella apareció el más hermoso árbol de Navidad que ella jamás había visto. Estaba cargado de juguetes, candelas centelleantes, confites y todo lo que el corazón de niño pudiera desear. Las hermosas candelas crecían hasta alcanzar los mismos cielos y allí se volvían estrellas. Mientras miraba encantada, una de las estrellas cayó.

“Esta estrella que cae avisa que alguien está de muerte” dijo la muchacha a sí misma, porque

así me decía mi abuelita”.

Se dio prisa en prender otro fósforo y otro, y otro - un montón y allí mero en medio de su brillante luz, se le apareció su amada abuelita con brazos alargados hacia la niña.

“¡Abuelita, oh querida abuelita!” ella gritó. “Por favor, llévame contigo. Sé que tú te vas en cuanto que este fósforo se apague, exactamente como desaparecieron el pato horneado, la estufita calentita y el árbol de Navidad”.

Prendió la caja entera porque no quería que se le fuera la abuelita. Los fósforos ardían y el rinconcito se volvió como si fuera pleno día. En aquella luz, la abuelita se veía más hermosa que en toda la vida que había tenido. Cogió a la niña en sus brazos y en medio del fulgor de la luz, voló tan alto, sí, tan alto que llegaron a un lugar donde jamás hubo frío, ni hambre, ni tristeza, ni venta de fósforos - porque llegaron al mismo cielo.

La mañana siguiente cuando el día se aclaró, gentes que pasaban el rinconcito entre los edificios grandes y altos, hallaron el cuerpecito tieso y congelado de la marchantilla de fósforos y el suelo helado estaba cubierto con un montón de fósforos quemados.